

El santero de Itzea

SANTIAGO AIZARNA

Itzea se levanta en santuario. Una casa en donde el libro tiene trato principesco, no en balde en ellos precisamente, en su hechura, en su creación, en la fantasía y en la pasión de su escritura basó su propietario su razón de ser y de existir. Patente presencia pues, de un potente creador. Patencia y potencia signadas desde miles de páginas que surgieron de una mente feraz en la invención de intrigas, en el arreglo y acomodo de la situaciones, en la ideación de pasiones encontradas, en el manejo desenfadado del idioma, en el estudio de caracteres humanos. Ese hito de la literatura española, Pío Baroja, se mantiene a manera de flor disecada. Pero aún —y siempre— trasciende aroma, en ese lugar concreto, ese pozo, ese nido, ese asentamiento, lugar cimero en donde el espíritu barojiano cuajó y donde ronda su fantasma.

El santero de este lugar, señalado santuario, ha sido, tantos años, Julio, don Julio, Julio Caro Baroja. Hombre bifronte. A un lado, su propia obra. Abundante, documentada. Una curiosidad insaciable ha presidido su paso por el mundo. Ha detenido su mirada sobre las tierras. Sobre los pueblos. Sobre los edificios. Sobre los hombres. Al otro lado, casi equidistante en afecto, en solicitud, en mimo, Itzea. Notario Mayor de los Baroja, era inevitable que lo fuera también de Itzea. La vieja casona veratarrra, en el quicio de una frontera artificial, no entiende, sin embargo, de fronteras. El pensamiento es libre, diáfano, aéreo, volador. En los plúteos de la biblioteca de Itzea se encuentran muchos de los volúmenes que aquel “*hombre humilde y errante*” —autocalificaciones impertinentes, según él mismo— descubrió y se apropió, recorriendo con paso medido los puestos de libros de lance a orillas del Sena, detención minuciosa, morosa, ante lo expuesto por cada *bouquiniste* e intercambio de frases, de opiniones con él, si procede o si cuadra o si apetece. Nos lo dijo Azorín de este lugar: “lo que encontramos son autores de segunda fila, principalmente”, es decir, añado yo, los más interesantes. También están en

Itzea, los otros libros, los que aquel “*hombre orgulloso y sedentario*” —autocalificaciones impertinentes, según él mismo—, descubrió y rescató en las orillas del Retiro, en la célebre cuesta de Moyano, no lejos de su casa madrileña. Todos estos libros, y muchos más —una casona transformada en biblioteca— hablan de la especial conformación psíquica de su dueño fundador y de su heredero espiritual. Es posible aplicar aquí, con mínimas transformaciones y paralelismos, un dictamen de la caracteriología que se convirtió también en ley de oro de la paremiología: “*Dime qué lees y te diré quién eres*”. Está por hacerse ese viaje que toda biblioteca merece. Un viaje en intensidad, en clima, en fervor, en abarcamiento, en hondura. El más fascinante viaje que nunca se pudo soñar. Cada libro tiene en sus páginas, su vida interior, su contenido, su irradiante propuesta. Y en lo exterior, en el tangencial repaso de los ojos, afloran estas calidades, estas anécdotas, estas flores de vida. Hubiera sido gozoso leer en Baroja estas sugerencias que se exudan. Hubiera sido apasionante, leer en Caro Baroja, en el santero don Julio, de los espacios, de los panoramas, de los recuerdos que a él se le han habrán iluminado en los innumerables paseos que ha ido dando por su interior, dejando a un lado escaleras, pasillos, salas, mesas a notarse una vez traspasado Enderlaza, cuando ya caminan las aguas por tierras de sorgiñas y de trashumantes. Anchoca, el afilador, “*Tomate Potho*”, y también el cura Santacruz y sus correrías... Más abajo, los tipos tendrán otro perfil, ya que Ramuntcho nació, ni siquiera del vientre de Loti, sino de Viaud, y me entenderá quien los conozca bien, y a pesar de haber visto la primera luz en Ascain, como se sabe. El Bidasoa, impetuoso, se va acordando de sus héroes. Ahí, a unos pasos, en el cementerio de Zaro (¡oh, los cementerios humildes, musgosos, casi voluptuosamente tendidos al sol o cencidos de lluvia del Bidasoa!), descansa Zalacaín, el aventurero, el llamado “*Sigfrido del Bidasoa*”. Nunca faltan sobre su tumba las tres rosas, tres amores acongojados por la pérdida del amado. Jaun de Alzate, un filósofo que está a medio camino entre el epicureísmo y el ascetismo —qué extensos campos abiertos— juega a risas y a retozos con Pamposha poco antes de prepararse para asistir, una vez más, a una reunión de los miembros del Ateneo de “*Cherri-Buztango-Erreca*”. Los hijos de la familia Errotacho se valieron de sus meandros, de sus zonas oscuras, para el contrabando. Una pálida memoria nos hará lagrimear de nostalgia al acordarnos de Mari Belcha y del “*Meicu-Zarra*”, una égloga para sentimentales sin remedio y tendremos que oír el resuello tonante de Lecochandegui, el más movedizo y ruidoso de los bidasotarras...

Todo el mito, todo el símbolo, todo el mundo barojiano se refugia en esta casona que es como un pozo de leyendas, de juegos, de tesoros escondido

entre montes. Se agotarían las páginas cantando el perfil de esta casona enbalconada, envuelta en románticos efluvios, el ancho portal, los escudos de la familia, mapas, objetos de arte, cuadros, el comedor, la biblioteca... *el sancta sanctorum*, que, paradójicamente no es lugar encerrado o refugiado sino abierto, un gran animal desventrado que exuda humores de historias y de estudios...

En las salas de la vieja casona de los Baroja, a la sombra siempre viva de don Pío, se añadió desde su infancia, de igual manera indehisciente, la sombra de don Julio, y tiempo con tiempo, ha sido permanecido cuidadoso, esmerado, a su servicio.